

## BIBLIOGRAFÍA

FATtinger, Rudolf. *Pastoralchemie*. (XII-192)-4.<sup>o</sup>-1930. Precio: 6,50 m. en rústica y 8 encuadernado. Herder et Co. Verlagsbuchhandlung, Freiburg in Breisgau.

Esta obra abarca en siete capítulos el estudio litúrgicoquímico de cuantas materias naturales o industriales intervienen en la celebración de los Santos Sacramentos; es, pues, de un alcance muy grande.

Así, en el capítulo I estudia la *Especie de Pan*. Se exponen las varias clases de trigos y centenos; la obtención de la harina, la moltura, su deterioro y conservación; la preparación del pan para hostias, su conservación, sus alteraciones (el aire, los hongos, las bacterias...), la manera de evitarlas. Renovación de las hostias. Desciende a numerosos detalles, muchos de los cuales son de gran aplicación en la práctica.

El capítulo II está consagrado a la *Especie de Vino*. En él se trata del vino de vid, del mosto de uva; de la preparación (fermentación), estabilidad, mejoramiento y enfermedades del vino. Del Vino de Misa y su conservación; de sus clases; del vino de pasas; se expone la validez y licitud en los diversos casos. Mejoramientos del vino; cuál es permitido y cuál no. Se trata de las enfermedades del vino; sus cualidades físicas; las causas de su enturbiamiento, etc. Legitimidad del Vino de Misa y diligen-

cia que se ha de poner hoy para evitar tanto fraude y peligro como se corre en el comercio. Es capítulo muy bien documentado y bien expuesto.

En el capítulo III se expone la *Materia de las Unciones*; por lo mismo, las clases de aceites. La obtención, la adquisición, la conservación y el reconocimiento del de olivas, que es el prescrito por la Sagrada Liturgia. Estudia también los *bálsamos*.

El capítulo IV está destinado al *Agua Litúrgica*, es decir, ante todo a la que constituye la *Materia del Bautismo*; y después a la *Bendita* y a la de las *Abluciones*. Expone varios casos de bautismos conferidos con aguas naturales corruptas o mezcladas con antisépticos para bautismos intrauterinos.

En el capítulo V se dedican 33 páginas a la descripción de los *Metales Litúrgicos*, dividiéndolos en *nobles* (oro, platino y plata) e *innobles* (cobre, aluminio y estaño), ya que de ellos suelen fabricarse los vasos sagrados. Se trata también de la conservación y limpieza de los mismos, así como del reconocimiento del metal de que están formados. Hay también multitud de consultas y resoluciones muy interesantes e instructivas. Este capítulo es un verdadero tratado químico de los metales y aleaciones empleados en la fabricación de vasos sagrados y demás utensilios empleados en la sagrada Liturgia.

El capítulo VI abarca las *Telas Li-*

*túrgicas*, es decir, las fibras con que se las teje; las sedas, el lino, cáñamo, algodón... Su conservación y manejo. Reconocimiento de las diversas fibras. Se hace constar las que pueden emplearse y en qué ornamentos.

El capítulo VII termina la obra tratando del *Alumbrado Litúrgico*; por tanto, de la luz eléctrica, del gas, de las candelas y de las lámparas; naturaleza de cada uno, sus usos permitidos o prescritos.

Como resumen podemos decir que es libro donde se tratan todas las cuestiones con entero conocimiento de la materia, con un verdadero lujo de detalles y circunstancias tal, que será difícil, en la práctica ordinaria, hallar algún caso que no esté aquí expuesto o previsto. Abundan los documentos eclesiásticos en confirmación de la doctrina que se va desarrollando. Se estudian los temas desde diversos puntos de vista, según la materia del Sacramento que se expone: botánico, biológico, químico, y siempre, y principalmente, dogmático y litúrgico. Es, pues, obra que será de gran provecho a cuantos tengan que velar por la exacta observancia de las prescripciones eclesiásticas o que intervengan en la preparación de las materias que sirven de base a los Sacramentos y a los utensilios que intervienen en su administración.

Si algún defecto hallamos en el libro es que tal vez desciende a detalles que muchas veces son innecesarios en la práctica. Pero después de todo, son datos que instruyen y que aumentan el caudal de erudición que en él se encierra.

EDUARDO VITORIA

FELDMANN, DR. FRANZ, Professor der Theologie an der Universität Bonn. *Geschichte der Offenbarung des alten Testaments bis zum babylonischen Exil.* (XII-230)-4.<sup>o</sup>-1930. Precio: 7,60 m. en rústica y 9,80 encuadernado. Verlag von Peter Hanstein, Bonn.

El título de la obra *Historia de la Revelación del Antiguo Testamento* — que recuerda el de los antiguos manuales de Haneberg y Danko — indica también que el autor se ha propuesto un fin parecido al de aquéllos, o sea, el de proporcionar a los estudiantes de Teología un resumen metódico, no sólo de los hechos principales del A. T., lógica y cronológicamente encadenados, sino del desarrollo gradual de la revelación, estudiada en sí, en sus efectos, en su contacto y lucha con las falsas religiones.

No contento, pues, el sabio profesor con la explanación científica y sobria de los hechos y personajes históricos, reserva para el fin de cada época las cuestiones particulares de carácter religioso, cultural o crítico, fijándose con preferencia en la situación y condiciones religiosas de cada período; con lo cual encuentra ocasión de presentarnos síntesis tan valiosas como las que consagra a la naturaleza, variedad e influjo del profetismo. De notar es también el particular cuidado que dedica al grado de cultura de cada época, recorriendo para ello las instituciones políticas, sociales, artísticas y económicas, como quien entresaca los datos más culminantes de la arqueología bíblica. Todo el conjunto forma una enciclopedia en miniatura, encaminada a preparar y aficionar a los noveles teólogos de lengua alemana para la lectura inteligente y proficua del sagrado texto. Y aunque

para ellos está primariamente elaborada la obra como manual de prelecciones, otros también podrán con fruto utilizarla, aparte de otras ventajas, para enterarse en breve de las soluciones que hoy se proponen en pasajes de interpretación incierta; si bien teniendo siempre ante los ojos que las 288 páginas del libro no permiten otra cosa que una exposición condensada y sucinta.

Por razón de esta misma brevedad nos ha parecido menos recomendable el presentar a los principiantes como elegibles algunas opiniones extremas; pues no se pueden aducir los fundamentos y cautelas convenientes que serían de desear en cada caso. Supone, sin duda, el doctor Feldmann que la viva voz del Profesor suplirá esa deficiencia.

En particular, se nota en el escritor bastante facilidad en admitir las narraciones bíblicas duplicados con circunstancias entre sí irreductibles: así, en los dos relatos de la creación (pp. 12 y 14), en el del diluvio (p. 18), en la historia de José (p. 22), en la localización del tabernáculo (p. 65), etc., sin contar el principio general con que pretende explicarlos, a nuestro modo de ver, poco fundado (p. 3).

Tampoco nos parece justo ver incluido (p. 19) entre los raros defensores actuales de la universalidad geográfica del diluvio al P. Murillo, quien nunca la asevera como opinión propia, sino que dice solamente, en contraposición a los que la restringen sobremanera, que «la extensión superficial del diluvio debió ser inmensa». (MURILLO, *El Génesis*, Roma, 1914, p. 399.)

El trabajo del ilustre profesor de Roma se detiene en el período de la cautividad babilónica, siendo, por lo tanto, de desear que cuanto antes pueda ser publicada la parte restante.

La presentación tipográfica merece singular elogio por la claridad, elegancia y selección de tipos y por la nitidez de la impresión.

S. DIEGO

S. THOMAS D'AQUIN. *Somme Theologique.*

II. *Dieu en trois Personnes. — Les Anges. — Les six jours.* Traduction nouvelle avec une introduction et des notes par EDMOND PERRIN (248)-8.<sup>o</sup>-1929. Precio: 25 f. Les Editions Rieder, 7, Place Saint-Sulpice, Paris.

Edmond Perrin es el sacerdote José Turmel, de la diócesis de Rennes. Cuenta ya setenta y dos años y su actividad literaria es inmensa, pues lleva ya casi medio siglo escribiendo.

Casi desde el principio del siglo es modernista de lo más empedernido, pero nunca ha querido manifestarse paladinamente como tal. Por esto ha acudido al seudónimo, o, por mejor decir, a los seudónimos, con lo cual ha podido escribir muchas herejías y blasfemias impunemente y sin necesidad de quitarse la sotana ni abandonar los oficios eclesiásticos que ha venido ejerciendo hasta enero del pasado año.

Muchas de las obras firmadas con su propio nombre aparecen puestas en el índice de libros prohibidos entre los años 1908 y 1910. Así antes como después de esta época A. Dupin escribió contra el dogma de la Santísima Trinidad; D. Lenain contra la Divinidad de Jesucristo; G. Herzog contra la concepción virginal del Hijo de Dios; Lezurec y más tarde H. Gallerand contra la Redención, etc., etc. Se sospechaba que el verdadero autor, emboscado bajo estos nombres, era Turmel; pero la comprobación judicial no se ha podido hacer hasta el pasado año.

Llamado al tribunal eclesiástico de Rennes, se le demostró palmariamente que él era el verdadero autor que sembraba herejías y blasfemias, bajo los nombres de Dupin, Herzog y Gallerand. No pudo presentar defensa alguna aceptable, y se le invitó a que retractase sus errores. Respondió el reo que haría una profesión de fe, pero que no confesaría su identidad con los tres seudónimos dichos, y diciendo esto salió del Tribunal. Vuelto a llamar el día 23 de enero de 1930, se le intimó por fin la pena de suspensión *a divinis* en que había incurrido por su obstinación. (*Bulletin de Littérature Ecclésiastique*, n. 1, 2, 1930, p. 46).

Y no sólo es responsable de lo escrito bajo estos tres seudónimos. Saltet, profesor del Instituto Católico de Toulouse, tan benemérito en arrancar la careta al mal sacerdote, afirma que son ya quince los seudónimos que usa, y está dispuesto a demostrarlo (ib., páginas 32-36). Entre estos quince nombres falsos figura el de Edmond Perrin, que es el que firma la presente traducción de la Suma, cuyo segundo tomo tenemos a la vista.

La traducción no está mal hecha, pero la introducción y las notas son dignas de su autor. Allí habla contra el dogma de la Trinidad, contra la divinidad de Jesucristo y contra el dogma de los ángeles. Por fortuna, el verdadero autor está descubierto, y con su castigo cesará el escándalo de que un sacerdote, que exteriormente vive como católico, esté sembrando impunemente tantas herejías y blasfemias (1).

J. M. HELLÍN

(1) Así escribíamos hace algunos meses. Al presente hemos de añadir que Turmel ha confesado ser el autor de 14 obras heréticas editadas

SPÁCIL, THEOPHILUS, S. I., professor theol. dogm. compar. in Pont. Instituto Orientalium Studiorum. *Doctrina Theologiae Orientis separati de SS. Eucharistia*. II. Quaestiones de forma eucharistiae — de pane eucharistico — de communione sub utraque specie et de communione parvulorum. (174)-4.<sup>o</sup>-1929. *Orientalia Christiana*. Vol. XIV. — 1. Pont. Institutum Orientalium Studiorum, Piazza Santa Maria Maggiore, 7, Roma, 128.

La importante obra del P. Spácil sobre la sagrada Eucaristía según los orientales separados, contiene dos partes: en la primera se habla de dicha doctrina en general, y en la segunda se exponen y discuten tres cuestiones importantísimas en particular; apareció la primera en el vol. XIII de *Orientalia Christiana*, y de ella se habló ya en su lugar correspondiente (1); réstanos, pues, que reseñemos la segunda, que forma el primer fascículo del vol. XIV de *Orientalia Christiana*.

Tres son las cuestiones de que se trata en esta segunda parte: la forma de la sagrada Eucaristía, el pan eucarístico y la comunión, ya en cuanto se refiere a distribuirlo a los fieles bajo las dos especies, ya por lo que atañe a concederlo a los parvulos.

Es la primera, más que en el orden, en la trascendencia del asunto y en la extensión que consiguientemente le da el autor (2), la cuestión sobre la forma de la sagrada Eucaristía. Se trata de sa-

bajo 14 seudónimos; que todas ellas han sido puestas en el índice de libros prohibidos; que el autor ha sido declarado excomulgado vitando por el Santo Oficio, y degradado. (Cf. *Bulletin de Littérature ecclésiastique*, 1930, p. 221.)

(1) V. *Estudios Eclesiásticos*, 8, pp. 283-284.

(2) Pp. 5-114.

ber qué fundamento tiene la afirmación de los actuales teólogos del Oriente separado de que la forma de la Eucaristía, o sea, las palabras del sacerdote que producen la transustanciación, o a las cuales se sigue la conversión del pan y del vino en el cuerpo y sangre de Nuestro Señor Jesucristo, no son (por lo menos exclusivamente) las que el mismo Señor pronunció en la última cena («Éste es mi cuerpo... Ésta es mi sangre...»), sino las que forman la oración de las liturgias orientales, llamada *epiclesis* (ἐπίκλησις = invocación), en la que (a primera vista, por lo menos) parece que se pide a Dios que convierta el pan y vino en el cuerpo y sangre de nuestro Divino Redentor.

A la importancia del asunto se añade en nuestro caso la competencia y diligente cuidado con que se desarrolla. Expónese en primer lugar tanto la doctrina católica como la oriental, y esto con tanta copia y precisión de datos, haciendo observar al mismo tiempo la evolución doctrinal e histórica de las diversas opiniones, que se echa de ver en seguida el Profesor ya de antiguo expresa y profundamente dedicado a tan interesantes cuestiones (1).

Muéstrase luego cómo la sentencia de los orientales separados carece por completo de fundamento sólido (2), lo cual se prueba con tanta mayor evidencia, cuanto que dejando aparte el dirimir las cuestiones agitadas entre los católicos — lo cual no impide, sin embargo, su exposición perspicua y profundamente criticada — se atiende tan sólo al fin de esta obra, o sea, a hacer ver a nuestros hermanos disidentes, con la elocuencia de las razones incontroverti-

bles, que su posición dogmática en este punto carece de consistencia científica.

Síguense los argumentos positivos de la doctrina católica, tomados de la sagrada Escritura, de la tradición, de las razones teológicas y de las mismas liturgias orientales; todo ello declarando con tanto cuidado y precisión el grado de certeza que de cada una de dichas pruebas se pretende sacar, que manifiesta bien a las claras cuánto ha pesado y aquilatado el autor sus concienzudos razonamientos. Nada de pasión, ni de exageraciones; es la fuerza misma de las pruebas la que trae finalmente de un modo irresistible al entendimiento la convicción profunda de que no es la *epiclesis*, sino las palabras de la institución de la Eucaristía, pronunciadas por Cristo, lo que constituye la forma del sacramento de nuestros altares (1).

Más brevemente que de la forma trata el autor de la materia de la Eucaristía respecto al pan que debe emplearse en el augusto sacrificio. Con la profundidad y precisión que le distingue, prueba que no depende la validez de la santa misa de que el pan que se emplee sea ácimo o fermentado. Para lo cual no sólo hace constar que no hay mandamiento alguno de Cristo que obligue a usar uno u otro de dichos panes, notando que los mismos cismáticos no pueden en modo alguno presentar tal mandamiento, sino también se hace cargo de la objeción de los orientales separados, que presentan el ejemplo del Señor como mandato implícito de imitarle. Comienza el P. Spáčil negando la consecuencia del argumento: no todo lo que hizo Cristo debemos necesariamente hacerlo, ni mucho menos se nos prescribe por ley divina. Tanto algunos

(1) Cf. especialmente pp. 16-26.

(2) 27-77.

(1) 77-114.

polemistas griegos, como varios modernos cismáticos, se ven ya forzados a admitir esta inconsecuencia. Pero como no puede negarse que el ejemplo de Cristo, si lo conociéramos, encerraría una especial recomendación en favor del pan empleado en la institución de la Eucaristía, emprende el P. Spácil la investigación de este punto difícil, y tras detenido examen concluye que, lejos de probarse que usara el Señor el pan fermentado en la última cena, lo más probable es que se valió del pan ácimo, que precisamente aquel día estaba prescrito, con exclusión del fermento, por razón de la Pascua (1).

Y pasando luego al argumento de tradición, hace ver claramente cómo al afirmar los orientales separados que en los primeros tiempos fué universal en la Iglesia el uso del pan fermentado para la Eucaristía, estriban en dos falsos supuestos: el de que la palabra *ἄρτος* significa siempre pan fermentado, y el de que en los primeros siglos, tanto en Oriente como en Occidente, apenas se empleaba para el uso común sino el pan fermentado, y que por consiguiente de éste se ha de entender que se habla, cuando se menciona el pan usual. Refutados victoriosamente ambos supuestos y aduciendo valiosos testimonios, concluye el autor que en los tiempos apostólicos se emplearon para la confección del sacramento ya el pan ácimo ya el fermentado, según la oportunidad lo exigía. Respecto a los siglos siguientes, aunque nada cierto nos dicen positivamente sobre esto los santos Padres, sin embargo, por una parte no hay razón ninguna que nos permita deducir de ellos que el uso del fermento fuera entonces universal en la Iglesia,

y por otra el común sentir de los eruditos, que ya convienen en que en Occidente, por lo menos desde el siglo IX, se observa el uso del pan ácimo para la Eucaristía, la afirmación unánime de los escritores de los siglos XI y XII, los cuales todos invocaban para dicha práctica el uso antiguo de la Iglesia, como lo hacían asimismo los autores del siglo IX, la diversidad de gentes entre las cuales se extendía la religión católica y finalmente la inanidad de las razones de los contrarios, una vez socavados los dos supuestos falsos en que estribaban, todo demuestra hasta la evidencia que la tradición eclesiástica en modo alguno favorece a los orientales separados (1).

En la tercera y última sección de la obra estudia el autor las dos cuestiones sobre la comunión, en que actualmente difieren de la Iglesia Católica los orientales separados, a saber, si todos los fieles han de comulgar bajo las dos especies, y si también a los párvulos ha de administrarse la sagrada Eucaristía. Expuesta con la precisión acostumbrada la doctrina cismática y la católica, pasa a examinar la inanidad del fundamento de aquélla y la consiguiente solidez de ésta, o, lo que es lo mismo, sostiene, respecto del primer punto, que no hay ningún precepto divino que obligue a los seglares o clérigos no celebrantes a comulgar bajo las dos especies, y prueba, por lo que toca al segundo, que no hay tampoco necesidad alguna de dar la sagrada Eucaristía a los niños que no han llegado al uso de la razón, aduciendo en favor de ambos asertos los argumentos tradicionales. Y pasando más adelante, muestra que no es mayor el fruto del sacramento en el

(1) 114-135.

(1) 135-145.

que comulga bajo las dos especies, que en el que lo hace bajo una sola, y que la tradición, aun la de la Iglesia Oriental, está en abierta pugna con la doctrina cismática (1).

La conclusión de toda la obra (2) es emocionante. Advierte el autor cómo contrastando vivamente con la casi totalidad de las sectas separadas de la Iglesia Católica, el Oriente conserva aún incorrupta en lo sustancial la verdad revelada sobre la sagrada Eucaristía en cuanto sacramento y en cuanto sacrificio. Más aún: puesto que entre los orientales la consagración es indudablemente válida, también es cierto que permanece en sus iglesias, como en las católicas, Nuestro Señor Jesucristo real y verdaderamente presente, inmoldándose de continuo sobre el altar por la salvación de todos y especialmente para la unidad de su Esposa, la Santa Iglesia, por quien tan divinamente rogó en la oración sacerdotal de la última cena. Las cuestiones que en esta materia les separan de nosotros, son meramente disciplinares, si exceptuamos la epiclesis. Aun en ésta la diferencia no versa sino sobre el significado de la misma, pues no sería necesario mudar en ella ni una sola palabra. La explicación católica es la que exige la misma tradición de la Iglesia de Oriente. Con razón, pues, concluye el eminente autor: «Sufficit veram Ecclesiae traditionem absque ullo praeiudicio sequi, et iam nulla difficultas apparet, ut ibi, ubi est et adoratur idem corpus Christi reale, habeatur etiam unio in eodem indiviso corpore Christi mystico» (3). A lo cual podemos añadir que uno de los medios

principales para que tan hermoso ideal se realice, es la publicación de libros que, como el que nos ocupa, pongan tan magistral y dignamente de relieve la verdad católica.

JOAQUÍN PUIG DE LA BELLACASA

RADEMACHER, DR. ARNOLD, Professor der Theologie in Bonn. *Religion und Leben* (VIII-232)-4.<sup>o</sup>-1929. Precio: 4,40 m. Herder et Co. Verlagsbuchhandlung, Freiburg im Breisgau.

El esclarecido doctor y profesor de Teología de Bona es ya ventajosamente conocido por sus obras teológicoreligiosas: *Die übernatürliche Lebensordnung, Gnade und Natur, Mysterien des Christentums, Vernünftiger Glaube*; y ciertamente, la última, *Religion und Leben*, no desmerece de las anteriores. Todas ellas son de mucha importancia: 1.<sup>o</sup>, por la gravedad de la materia; 2.<sup>o</sup>, por el punto de vista en que el autor se coloca, punto comparativo y de contraposición y de mucha altura: ante lo natural y sobrenatural, la naturaleza y la gracia, la fe racional, cultura y religión cristiana, religión y vida. Para tratar dignamente estas cuestiones es preciso tener mucha competencia en materias teológico-filosófico-culturales, y, en efecto, la tiene y la demuestra el docto profesor.

Como ésta es la segunda edición de la que salió en 1926, y, aunque mejorada, no difiere de aquélla sino en menores accidentales, no será necesario nos detengamos mucho. En siete capítulos sustanciosos divide el libro: en el primero, trata de la relación fundamental entre la religión y la vida; en el segundo, de la división entre la religión y la vida; en el tercero, continúa la misma materia respecto de la cultura

(1) 145-169.

(2) 169-171.

(3) 171.

cristiana; en el cuarto, del problema de la unión entre ambas; en el quinto, del tipo de vida místico-religiosa; en el sexto, ídem de la activorreligiosa; en el séptimo, de la cultura mundana y de la santidad; puntos todos, como se ve, nada vulgares, antes bien algo difíciles y delicados, pero de que el preclaro autor sabe salir airoso. Propone, claramente, cómo el fin, el noble humanismo, que la *Aufklärung* — la ilustración — querría obtener sin el cristianismo, no puede la naturaleza, abandonada a sí sola, alcanzarlo sin el auxilio del cristianismo, y digo el fin de la humanidad, o, mejor, del humanismo, porque el más alto o elevado del trabajo — *das höchste Ziel der Arbeit* — reconoce el autor que debe ser el servicio divino. Según él, de la separación de la religión y de la vida provienen las crisis actuales de la sociedad; por tanto, la solución se ha de hallar en que se unan de nuevo — se entiende con la debida subordinación — la *Weltkultur* y el *Christentum*. Como en el cuerpo y en el alma hay energías diferentes y aun contrarias, y sin embargo pueden unirse y aun armonizarse, así sucede también — *servatis servandis* — entre la religión y la vida; su ley de armonía será la del equilibrio, subordinación o polarización de sus tendencias y tensiones. Y fué así, que en la Edad Media, gracias a este equilibrio, hubo prácticamente fusión vital-religiosa, y en cambio, por su desequilibrio o infracción desde el Renacimiento impera la desunión, la lucha y la crisis entre ambos principios. Consecuencia práctica: fusión o armonía entre la cultura y la santidad, entre la vida y la religión, tomando por ideal a Jesucristo, que es camino, verdad y vida, y a los grandes modelos que de cerca le han imitado,

como San Agustín y San Francisco de Sales, y otros grandes santos, prototipos de la vida religiosa, contemplativa y activa.

E. UGARTE DE ERCILLA

KORTLEITNER, FRANCISCUS XAV., ORD. PRAEM. *De antiquis Arabiae incolis eorumque cum religione Mosaica rationibus*. (116)-4.<sup>o</sup>-1930. Precio: 3 m. Commentationes biblicae, III. — *Babylioniorum auctoritas quantum apud antiquos Israelitas valuerit*. (XII-116)-4.<sup>o</sup>-1930. Precio: 3 m. Commentationes biblicae, IV. — *De Sumeriis eorumque cum vetere testamento rationibus*. (VIII-94)-4.<sup>o</sup>-1930. Precio: 3 m. Commentationes biblicae, V. Typis et sumptibus Feliciani Rauch, Oeniponte.

Estos tres nuevos fascículos de la serie *Commentationes biblicae* están orientados todos hacia un mismo fin, desarrollados conforme a idéntico plan y con análoga diligencia elaborados, reflejando, por lo tanto, todos ellos muy parecidas dotes. Las tres civilizaciones: árabe antigua, babilónica y sumérica en sus relaciones con el Antiguo Testamento, he ahí el argumento general de estos opúsculos.

Van siempre divididos en dos partes. La primera, que en dos de ellos es la más extensa, presenta una síntesis bastante detallada de la cultura profana y religiosa de cada uno de los tres grupos étnicos, fijándose con preferencia en lo que más puede interesar a un escritor. La segunda, recorre los puntos de semejanza, reales o aparentes, entre la cultura de aquellos antiguos pueblos y la del pueblo escogido y cuida de solucionar los problemas que tales semejanzas han suscitado en nuestros tiempos.



De la Arabia preislámica era muy poco lo que los autores clásicos y aun los musulmicos nos habían transmitido, digno de crédito. Pero las exploraciones realizadas en el interior de la Península arábiga y las múltiples inscripciones sabeas, mineas y otras de los antiguos árabes, afortunadamente allí descubiertas, han comenzado a rasgar el velo de una civilización semítica, en la que se sospecha encontrar afinidades con la religión mosaica, no menos interesantes que las más conocidas y estudiadas que pudieron mediar entre Israel, de una parte, y Babilonia o Egipto de la otra.

Todo esto nos lo va poniendo delante el erudito Premonstratense con abundancia de datos y escrupulosa aportación de citas, resumiendo en la lengua del Lacio lo que halla esparcido en innumerables obras modernas, sobre todo alemanas. Como en estos estudios de exploración y de epigrafía los descubridores no han escatimado las hipótesis filológicas y aserciones hipercríticas o aventuradas, el autor pasa revista a muchas de ellas, descubriendo el lado vulnerable de cada una o limitándose otras veces a enumerarlas sin especificar el juicio que le merecen.

A causa de la copia y cómo empedrado de nombres propios, la lectura se hace a ratos fatigosa; y en ocasiones también — como suele notarse en los escritos exegéticos de San Jerónimo — se experimenta dificultad en distinguir cuándo el escritor habla por cuenta propia y cuándo meramente consigna opiniones ajenas.

Más variada, nutrida e interesante aparece la lectura de los folletos últimos, donde se trata de los asiriobabilonios y de sus antecesores en cultura y religión, los sumerios. En lo concerniente a los acadios o babilonios se ve que

el autor pone especial empeño en condensar la vasta materia que a su consideración se ofrece y se fija con preferencia en recorrer y rebatir los infundados asertos de los pambabilonistas, reduciendo a justos límites el influjo de asirios y babilonios sobre el pueblo de Israel. Esta parte apologética justifica sin duda los menudos detalles y copia de citas que se alegan para combatir al adversario en su propio terreno.

Por tocarse asunto menos conocido se extiende el diligente escritor en la descripción de lo referente a los sumerios: cuáles fueron sus príncipes y sus ciudades; cuál su religión y su cultura; cuál su lengua y la escritura cuneiforme por ellos inventada, etc., etc. Asimismo al estudiar la conexión — mediata no más — entre sumerios y hebreos, se expone ilustrando y defendiendo la equivalencia filológica entre Senaar y Sumer, conmemora los testimonios suméricos sobre los orígenes del género humano para venir a deducir que se amoldan mejor a las narraciones bíblicas que las descripciones similares de los acadios; recuerda, en fin, las antiguas leyes suméricas, prototipo en parte del código de Hammurabí, y enumera las contadas voces que del idioma sumérico pasaron tal vez a la lengua hebrea.

Huelga decir que en estos eruditos opúsculos se refleja la vastísima lectura y la infatigable laboriosidad del veterano escritor Premonstratense. Superfluo sería en tanta selva de opiniones e hipótesis fijarnos en esta o aquella aserción aislada, mucho más tratándose de unas monografías de vulgarización, en su conjunto verdaderamente útiles y recomendables. Tocante al criterio bíblico, no nos ha agradado el ver atribuir a época posterior al profeta los

cc. 14 y 23 del libro de Isaías (*De Sumeriis*, p. 11).

Por último, es de alabar la mejora introducida en estos números de *Commentationes biblicae* y que se echaba de menos en los precedentes, o sea, los índices, ya de pasajes bíblicos, ya de materias, que tanto facilitan el pronto manejo de libros, cuajados de datos y de nombres propios.

S. DIEGO

TERRIEN, J. B., S. J. *La Gracia y la Gloria*, o la filiación adoptiva de los hijos de Dios, estudiada en su realidad, sus principios, su perfeccionamiento y su coronamiento final. Traducción de la quinta edición francesa. Tomos I y II (448)-(462)-8.º-1929. Precio: 8,50 ptas. tomo. Editorial Voluntad, S. A., Ferraz, 17, Madrid.

Esta obra del R. P. Terrien se granjeó mucha reputación por la copia y seguridad de doctrina y por la claridad con que se expone la espinosa materia de la gracia y de la gloria. Basta apuntar que hasta ahora ha tenido el libro cinco ediciones en la lengua en que originariamente se compuso. Va enderezado el estudio principalmente a los sacerdotes; pero los seglares instruídos pueden aprovecharse no poco de sus luminosas enseñanzas. Lo que intenta en él lo declara en las siguientes cláusulas: «Me esforzaré en ahondar en las verdades de nuestra fe, según lo consientan su profundidad y mi flaqueza. Por eso recurriré también con frecuencia a los libros sagrados, a las definiciones dogmáticas de la Iglesia, a los escritos de los Santos Padres y a los preclaros maestros de la Sagrada Teología, señaladamente al príncipe de todos, Santo Tomás de Aquino.» El método que adopta lo expresa en estos términos: «Ante todo estableceremos el

hecho de nuestra filiación sobrenatural y mostraremos la altura incomparable a que esta gracia nos encumbra; luego explicaremos la naturaleza de dicha filiación, y los principios, así creados como increados, en que estriba. Después estudiaremos la perfección a que la mencionada gracia puede llegar en las almas justas, y los medios por los que se obra la última perfección de los hijos adoptivos; conviene a saber: la consunción y el completo desarrollo de la gracia del tiempo en la eternidad gloriosa.»

Leyendo la obra se concibe una idea magnífica de lo que es la gracia y los efectos múltiples y maravillosos que produce en el alma que tiene la fortuna de poseerla; y esa idea no es una quimera o ilusión nacida de imaginaciones alborotadas, sino que proviene de lo que nos enseñan los libros sagrados, los Padres de la Iglesia y los doctores y teólogos. Este es el mérito innegable que encierra la obra; toda ella y todos los prodigios que se originan de ese ser sobrenatural que nos convierte en hijos de Dios y herederos del cielo, se fundan en documentos y testimonios verdaderos e incontrastables. Otra de las prendas que avalora la obra es la claridad, o la luz transparente con que se bañan cuestiones de suyo misteriosas y de difícil comprensión: y sin duda a estas dos cualidades, solidez y claridad, debe el libro el favor que se le ha dispensado y la avidez con que se le busca. Ha tenido, pues, buen acuerdo la Editorial Voluntad en traducirlo al castellano para que de él puedan aprovecharse los clérigos y otras personas doctas de nuestra patria. La traducción es castiza y fluida, y la presentación tipográfica produce buen efecto.

A. PÉREZ GOYENA

YAHUDA, A. S. *Eine Erwiderung auf Wilhelm Spiegelberg's «Aegyptologische Bemerkungen» zu meinen Buche «Die Sprache des Pentateuch»*. (38)-8.º-1930. (Zeitschrift für Semitistik und verwandte Gebiete, Band 7, Heft 2). Druck von G. Kreysing in Leipzig.

Tirada aparte de un largo artículo apologético publicado en *Zeitschrift für Semitistik*. En la misma revista, al reseñar la obra Yahuda. *Die Sprache des Pentateuch* (1), deprimía el Dr. Spiegelberg en tono despectivo y acre los conocimientos egiptológicos del autor. Este, a su vez, con frase no menos acre y acerada replica ampliamente a cada uno de los cargos de su adversario, cuidando de patentizar de nuevo y justificar su sólida erudición en la lengua del Antiguo Egipto. Debate, por tanto, del que sólo los especialistas egiptólogos podrán depurar con competencia todos sus matices y valor.

S. DIEGO

KASBAUER, SIXTA. *Die Teilnahme der Frauenwelt am Missionswerk*. 11. Missionswissenschaftliche Abhandlungen und Texte Herausgegeben von Prof. Dr. J. SCHMIDLIN. Münster i. W. (XII-200)-4.º-1928. Precio: 8 m. en rústica; 9,75 en tela. Verlag der Aschendorffschen Verlagsbuchhandlung. Münster in Westfalen.

Obra interesante y muy recomendable, no por la novedad de las cosas que dice, sino por su actualidad, pues con un título muy nuevo en los fastos de las Academias, expone ideas muy del do-

minio de la opinión pública entre católicos, pero muy caras a todo creyente. Y el mismo juntar en una obra esas ideas por doquiera flotantes de la importancia de la acción femenina en las Misiones Católicas, es un gran mérito, y puede contribuir mucho a que, fijando bien doctrina tan práctica, robustezca en muchos espíritus el deseo y vocación interna para obra tan santa.

La simple enumeración de las materias ahí tratadas será la mejor recomendación de la obra.

Consta de tres partes. En la primera se dan con profusión las razones que demuestran hasta la evidencia que se ha de admitir el apostolado de la mujer en las Misiones: A) Según la doctrina católica. B) Por las circunstancias de la psicología y manera de ser social de la mujer. C) Atendiendo a la historia y naturaleza misma de las Misiones.

En la segunda parte se expone el cometido de la mujer misionera: A) En su propio país, acción indirecta con el fervor interior en lo privado; y en lo público fomentando vocaciones y obras misionales. B) En las Misiones, cooperando directamente a la conversión de los infieles, y al bien moral y material de los mismos, ejercitando con ellos las obras de misericordia espirituales y corporales en todo lo que pertenece a su verdadera civilización.

La tercera parte parece más original, aunque su doctrina sea corriente entre cuantos se interesan por tan importante problema. Se investigan en ella las condiciones que debe llevar la mujer misionera. Se establece, ante todo, que por regla general ha de estar consagrada al Señor por el voto de castidad. Se admiten excepciones que saltan a la vista, y que podrán multiplicarse a medida que la cristiandad vaya en aumento. Aquí

(1) Véase *Estudios Eclesiásticos*, t. 9 (1930), pp. 131-133.

se refuta con delicada modestia la opinión de entusiastas protestantes que imaginan, tan sin sombra de verosimilitud, que en las Misiones es superior la acción de la mujer de uno de sus Pastores a la de la virgen católica consagrada en cuerpo y alma al Apostolado.

Sigue una discusión sobre si se ha de añadir al voto de castidad, el pertenecer a una Congregación religiosa, y se concluye que por regla general así deberá ser, admitiéndose, empero, más excepciones que en el caso precedente; en especial cuando se trata de ejercitar la medicina con abnegación cristiana entre los infieles para su conversión.

Concluye este excelente escrito hablando de las condiciones personales de las misioneras, de su saber y capacidad de trabajo con el adorno necesario de las virtudes cristianas y la gracia de la divina vocación.

L. TEIXIDOR

NAVARRO, NICOLÁS E., Deán del Cabildo Metropolitano. *Anales Eclesiásticos Venezolanos*. (XLII-416)-4.º. 1929. Tipografía Americana, Caracas.

Esta obra del insigne Deán de Caracas, que más bien debía llamarse *Anales eclesiásticos caraqueños*, merece ser conocida y estudiada en España, pues nos da por primera vez — en bien seguida exposición — los extractos documentales del Archivo arzobispal de aquella ciudad, tan importante en la Historia de la América española, sobre todo a partir del siglo XVIII.

Es de relevante interés para España (y sólo por esta causa debería figurar en nuestros archivos y bibliotecas) la sección referente a la actitud que adoptaron el Cabildo eclesiástico Sede vacante y luego el Ilmo. Arzobispo *don*

*Narciso Coll y Prat* ante la revolución iniciada el 19 de abril de 1810 y ante la República proclamada el año siguiente por los caraqueños, la primera vez en la América española. Lo que el autor dice o deja entender de las relaciones de aquel manso y prudente Prelado catalán con Miranda y Bolívar, hace desear una vez más una biografía completa de tan insigne actor en el ocaso del regío Patronato de Indias.

Otro capítulo que da al libro gran valor en la Historia eclesiástica general del siglo XIX es el de las primeras relaciones entre la Iglesia y Estado en la nueva República, y principalmente el de los primeros brotes liberales de parte de sus gobernantes. El problema de si las regalías heredadas de los Borbones españoles son o no atributos inherentes a la misma Soberanía política — problema que se reproduce con ligeras variantes a todo lo largo de los Andes —, toma en Caracas formas incisivas y violentas por la lucha del Gobierno contra la entereza e impavidez del primer Arzobispo republicano, *Ilmo. Sr. Don Ignacio Méndez*, que si curtió y probó su patriotismo en las campañas de los Llanos, junto a Bolívar, supo también defender con igual valentía y desinterés los derechos de la Santa Sede y la independencia de la Iglesia hasta morir por ella en el destierro con muerte cercana al martirio. La relación de monseñor Navarro, hecha a base de abundante y rico material y a la luz de las verdaderas doctrinas canónicas, hace seguir con gran interés las fases de aquel importante drama, no poco influenciado, además, por el carácter enérgico — en algunas ocasiones excesivamente enérgico — del Pontífice.

La última parte de la obra, dedicada a los sucesores del Sr. Méndez hasta nues-

tros mismos días, tiene interés más concentrado y local. Los sucesos se acercan, por otro lado, demasiado al observador para que — lo decimos con todo el respeto que el ilustre autor nos merece — el manejo de archivos sea pleno, y la perspectiva desinteresada de la Historia, suficiente.

P. LETURIA

HOFMANN, GEORG, S. I. Prof. der orient. kirchengeschichte am Pöpst. Orient. Institut. *Griechische Patriarchen und Römische Päpste*. Untersuchungen und texte. I. *Samuel Kapsoules Patriarch von Alexandrien und Pöpst Klemens XI.* (108)-4.<sup>o</sup>-1928. *Orientalia Christiana*. Vol. XIII. — II. *Patriarch Kyrillos Lukaris und die Römische Kirche.* (116)-4.<sup>o</sup>-1929. *Orientalia Christiana*. Vol. XV. Pont. Institutum Orientalium Studiorum, Piazza Santa Maria Maggiore, 7, Roma, 128.

El blanco de esta serie de estudios es publicar los documentos inéditos hasta ahora que, o son unionistas, o, al menos, benévolos o simplemente urbanos por parte de las iglesias disidentes orientales para con los Pontífices de Roma, en especial los de los Patriarcas griegos de Constantinopla, Alejandría, Jerusalén y Antioquía. Propósito trabajo del Instituto Oriental, según su fin de trabajar por la unión con Roma de las iglesias que el cisma arrebató a la catolicidad.

Los dos fascículos que anunciamos tratan respectivamente del Patriarca de Alejandría, Samuel Kapsoules, y del de Alejandría primero y después de Constantinopla, Cirilo Lukaris. El primero dos veces hizo solemne profesión de fe católica, y aunque haya sido acusado

de que no perseveró en la misma fe, hay buenos documentos (pp. 97-98) que prueban haber perseverado.

En todo caso es históricamente cierto, contra las aserciones del Arzobispo ortodoxo ateniense, Papadópolous, que Samuel Kapsoules dos veces reconoció la suprema autoridad en la Iglesia del sucesor de Pedro. Juntamente se editan ahí documentos referentes a su predecesor Gerásimo Palladas, que trató dignamente con el Papa Clemente XI.

Cuanto a Cirilo Lukaris, gran fautor del calvinismo, se prueba que hizo también por tres veces declaraciones favorables a la Iglesia católica, hasta el punto que en una carta a Paulo V reconoció en 1608 el Primado del Papa; pues, entre otras cosas del mismo tenor, decía: «Hinc fit quod ab illo (sc. Spiritu sancto) mutati ecclesiae catholicae tibi que capiti adhaereamus, et sub auctoritate tua obedientissime vivere ac mori volumus, illam spiritus unitatem servantes in pacis vinculo quam a scriptis apostolicis admonemur.»

Sobre que luego el mismo Patriarca favoreció el calvinismo, ahí tenemos reunidos documentos llenos de interés, como, por ejemplo, una carta dirigida por Lukaris al embajador holandés en Constantinopla, Cornelio Haga, en que le agradece el dinero de él recibido y hace ostentación de su lucha con Roma. Muéstrase también con muchos testimonios la reacción de la Iglesia oriental contra las innovaciones heréticas de Lukaris, y cuán fielmente secundados se vieron en esta lucha los miembros de la jerarquía griega por parte de la Iglesia romana. Hay pormenores interesantes acerca de algunos jesuitas residentes en Constantinopla bajo la protección del embajador de Francia, los cuales primero procuraron hacer volver atrás a Lu-

karis de sus malos pasos hacia el calvinismo, y luego tuvieron que sufrir persecución corriendo gran riesgo su vida por la misma causa.

Estos estudios han de proseguir en breve con otros tratados acerca del Patriarca de Constantinopla, Atanasio Patellaro, y de Cirilo Kontaris de Berroca. Entrambos repitieron la profesión de fe católica. Y si el primero fué infiel a su profesión, el segundo perseveró en ella. Hay asimismo coleccionados muchos testimonios unionistas de otros Patriarcas y otros documentos que muestran deseos de buena inteligencia con Roma por parte de la Iglesia oriental. Y hace mucho honor a la Iglesia romana ver cuántas veces los principales representantes de la cismática, Patriarcas y Obispos griegos y armenios, eslavos, etcétera, la han reconocido como cabeza suprema de la catolicidad en todo el rigor de la palabra, aun admitiendo casos muy posibles de falta de sinceridad en los que a esto se vieron reducidos, sin duda, por la fuerza de las circunstancias.

Realzan todavía el valor de estos escritos del R. P. Hofmann las rectificaciones críticas que en ellos se hacen contra afirmaciones demasiado sostenidas hasta nuestros días, probablemente encaminadas por sus autores a deshonar la memoria de los orientales que se mostraron conformes con la Iglesia romana.

De todo lo cual resulta que nos merece esta obra la mejor recomendación por su mérito intrínseco y utilidad manifiesta, y así la recomendamos con placer a nuestros lectores.

L. TEIXIDOR

TARRÉ, JOSÉ, Pbro. *L'Action Française*.

Su historia, sus errores, sus engaños y sus rebeliones. (Extracto del «Anuario Eclesiástico» para 1928). (20)-8.º-1928. Eugenio Subirana, Editor Pontificio, Puertaferri, 14, Barcelona.

Creemos de sumo interés y utilidad esta tirada aparte del artículo sobre *L'Action Française*, publicado en el «Anuario Eclesiástico» de 1928. En él se expone brevemente la historia de esta agrupación política, y se recalcan sus errores, engaños y rebeliones. Nació ésta, como movimiento político, en 1899, tomando por señuelo el «nacionalismo integral», que no comprendía precisamente la profesión de monarquismo, pues de los siete personajes que constituyeron el principio de esta agrupación, únicamente Maurras era monárquico, y sólo dos años más tarde se exigió para entrar en ella, como esencial, la profesión de monarquismo. Hasta qué punto haya podido ser ésta sincera lo demuestran las simpatías de Maurras por Anatole France, acérrimo defensor del sistema republicano. Mas no es la política de *L'Action Française*, sino sus errores y engaños lo que movió a la Santa Sede a condenarla. Estos errores, que eran ya de temer dado el ateísmo de gran parte de los iniciadores de todo este movimiento, aparecen esparcidos en las obras y artículos de sus corifeos. Ni es cosa que recientemente se haya descubierto, sino que desde hace bastantes años llegaban a la Sede Apostólica apremiantes súpticas de que condenara *L'Action Française*, la cual, bajo capa de un apoyo político prestado a la Iglesia católica, tenía adormecidos a no pocos católicos con el mortífero beleño de las nefastas doctrinas que defendía, disimuladas con

el refinamiento de un ropaje literario, seductor por demás, y tras los repliegues de la bandera de un partido que a muchos se antojaba la única salvación de la patria. Quien desee informarse de todo esto en una breve síntesis, creemos lo hallará cumplidamente en este trabajo del presbítero Tarré.

MANUEL QUERA

GASPERETTI, LUIGI. *Pascal*. (276)-8.<sup>o</sup>-1929. Pagine Cristiane. Volume VIII. Società Editrice Internazionale, Corso Regina Margherita, 174, Torino.

El presente libro, que ocupa un lugar en las Páginas Cristianas, consta de dos partes: de Introducción, en que se da noticia del autor, y de trece selectos trozos, en que vive y palpita el espíritu cristiano. Muchísimo se ha escrito sobre Pascal; el Sr. Gasperetti ha recogido lo principal que de él se ha dicho y presenta su figura en brillantes trazos y bello colorido. No estamos en todo conformes con el prologuista. Aunque en medio de los elogios que prodiga a Pascal, no deja de notarle defectos, pero no ha hecho resaltar que se valió, para denigrar a personas respetables, de la calumnia y mentira, cosa indignísima en cualquier persona bien nacida, y sobre todo en un jansenista que se pica de austero y se precia de abominar los principios laxos y destructores de la moral cristiana. Se nos figura también que alaba demasiado a otros reconocidos jansenistas. Los trozos que ofrece de Pascal contienen pensamientos levantados, originales, hermosos, y en ellos se reflejan el ingenio y la delicadeza del filósofo y la religiosidad y rectitud del cristiano. Algunos pasajes, duros y matizados de carmín jansenista, los temple y reduce a su concepto

verdadero en las notas. Presenta, pues, el opúsculo una lectura agradable e instructiva, que puede contribuir a la formación de caracteres cristianos robustos y decididos.

A. PÉREZ GOYENA

GUERNICA, JUAN DE, O. M. C. *El problema religioso*, diálogos científicos para uso de los jóvenes intelectuales: el mundo, el hombre-la religión, principios fundamentales ante la ciencia y la fe. (290)-8.<sup>o</sup>-1926. Sebastián de Amorrortu, Ayacucho, 774, Buenos Aires.

Nuestra juventud estudiosa, especialmente de Universidad, merece alguna más atención de los escritores eclesiásticos. No basta haberla infundido las primeras nociones religiosas en los colegios. Por salir de ellos otras ideas y aun otros credos, han de venir a chocar contra los suyos: libros de vulgarización y de placer, tal vez de texto; explicaciones de profesores, zumbas de camaradas, la misma rebeldía de la propia razón, deslumbrada por el sol de la vida que levanta, todos serán a poner dificultades. Necesitaria el joven tener allí a mano, en el bolsillo, una réplica pronta, segura, y no como quiera, sino de porte y alcance científico, como el que traen las objeciones. De tales libros se han compuesto varios en Francia, sin duda porque el mal atacó allí primero y fué más general: y tal vez a ello se debe el número tan crecido de literatos de primer orden recién convertidos. Baste citar de esos libros el «*Resumen de la doctrina católica*», síntesis para intelectuales», de Pinard.

Obras así las reclama, además, el creciente movimiento de jóvenes católicos con sus círculos de estudios y cursos de

ampliación, con sus casas del Estudiante, y, ¡ojalá sea pronto!, también con sus futuros Colegios mayores. Sus bibliotecas deben tener, es cierto, obras más profundas de religión y apologética, pero también estos manuales sabiamente hechos. No son cosa tan fácil, porque han de tener, entre otras, estas tres condiciones:

1.<sup>a</sup> En cuanto al fondo han de ser, no un tratado ascético o de religión, ni menos una declaración sagrada con roquete y textos latinos, sino lo que al joven le fascina y desorienta. A sabios ha de oponer sabios; a disertaciones con método científico, disertaciones con métodos científicos; a objeciones de razón y experiencia, pruebas de razón y datos históricos y de estadística; finalmente, ha de encerrar cuestiones *hoy disputadas, no disputables*.

2.<sup>a</sup> El modo de desarrollar los puntos no ha de ser con la minuciosidad de obras de consulta, sino de síntesis jugosa en que todo se subordine a la claridad de la prueba.

3.<sup>a</sup> Entre nosotros, donde modernamente el clero tiene menos uso de escribir literariamente que en otras partes, tal vez lo más difícil sea la forma del estilo: nada de púlpito en exhortaciones y reprensiones; nada de adornos de figurón, con grandes tiradas declamatorias, o con lluvias intempestivas de flores de trapo; energía de afirmación finamente velada y por todas partes transparencia, secreto encanto, sobriedad, una como transpiración imperceptible de los grandes escritores: de eso, cuanto más mejor.

Pues bien; esos libros han de solicitar la pluma de nuestro clero joven, cada día más dispuesto para la empresa. Entre tanto, aunque no como el ideal, recordando, como lo que más me satis-

face en nuestra lengua, el *Vademécum del joven moderno*. El problema religioso y las principales cuestiones que sobre el mundo, el hombre y la religión discute la verdadera ciencia contra la falsa, están tratados por el método que más puede ayudar a nuestra juventud. No tiene éste que temer una plática: su autor sabe que habla en la plataforma de una Universidad; conoce los adelantos reales y los aparentes del progreso; ama los unos y teme por los otros, pero respeta, aun cuando derriba. Estas maneras de cortesía y respeto a las personas con que se disiente, dará muchos lectores al libro. Como también el estilo: su autor nos parece haber leído mucho los grandes apologistas literarios de fuera; ha cogido su marcha y luego ha escrito por sí y en castellano. La forma misma del diálogo, aunque carece de dramatismo, pero no de elegancia. Si dijera que se lee como una novela, le habría quitado su valor y peso: basta que se lea con facilidad a dosis pequeñas.

En suma: el libro es un despertador de otros mejores, que sin duda le han de seguir, y no sabría recomendarle lo bastante. Todo joven católico debe tenerle entre los libros de su carrera como un antiveneno, y los círculos de estudios y casas del Estudiante como introductor a obras más amplias y profundas.

Q. PÉREZ

LEROY, OLIVIER. *La Lévitación*. — Contribution historique et critique à l'étude du merveilleux. (388)-8.<sup>o</sup>-1928. Precio: 25 f. Librairie Valois, Nouvelle Librairie Nationale, 7, Place du Panthéon, Paris.

El problema de la levitación del cuerpo humano no ha sido estudiado hasta ahora más que parcial o fragmentaria-



mente. En 1875 apareció en *Quarterly of science* un artículo titulado «Kuman Levitation, illustrating certain historical miracles». Otro artículo en 1899, en *Revue du monde invisible*, salió de la pluma de Mons. Méric: «Le vol aérien des corps». Poco más tarde (1897) publicó el conocido espiritista De Rochas su libro *Recueil de documents relatifs à la lévitation du corps humain*, y hace una década (1919) el célebre escritor H. Thurston un trabajo sobre lo mismo en *The Month*. Pero ninguno de éstos, ni otros que se pudieran citar, como ni tampoco los que se leen en los libros de espiritismo, de magia y ocultismo, ni aun los mismos de los grandes místicos son trabajos íntegros o integrales, ya que sólo desde algún punto de vista examinan la cuestión. El presente libro abarca todos o casi todos los aspectos de la levitación del cuerpo humano, y es éste su primer mérito, pues revela un estudio comparativo muy grande.

Para persuadirse de ello, bastará indicar la enumeración de sus partes. — *Libro I.º*, «Las tradiciones» en la hagiografía no cristiana y en la cristiana, tanto católica como no católica, y esto en todas las edades, desde la antigüedad hasta el siglo XX. Pero, naturalmente, la mayor contingencia de levitaciones, reales y verdaderas, corresponde a la Iglesia católica, y el autor enumera las de 212 santos, beatos y personas piadosas. Entre ellas menciona especialmente, y por orden cronológico, entre otras muchas: en los siglos X-XIII las de San Esteban y San Ladislao de Hungría, de San Bernardo, Santo Domingo, San Francisco de Asís, Santa Isabel y Santa Margarita de Hungría, San Buenaventura, Santo Tomás de Aquino, Santa Inés de Bohemia y Santa Margarita de Cortona; en los si-

glos XIV-XVI las del Bienaventurado Pedro de Armengol, Santa Inés de Monte Pulciano, Santa Catalina de Sena, San Vicente Ferrer, San Pedro Regalado, San Antonio de Florencia, San Diego, etc.; en el siglo XVI las de San Francisco de Paula, San Francisco Javier, Santo Tomás de Villanueva, San Ignacio de Loyola, San Pedro de Alcántara, San Luis Bertrand, Santa Teresa de Jesús, San Juan de la Cruz, San Pascual Bailón, San Felipe de Neri, etc.; en el siglo XVII las de Santa Magdalena de Pazzi, San Camilo de Lelis, B. Bernardino Realino, San Miguel de los Santos, Santa Mariana de Jesús de Paredes, San Pedro Claver, San José de Cupertino, etcétera; en el siglo XVIII las de San José de Oriol, San Pacífico de San Severino, Santa Verónica Juliani, San Juan José de la Cruz, San Gerardo Majella, San Pablo de la Cruz, San Benito José Labre, San Alfonso de Ligorio, etc.; en los siglos XIX y XX las de Ana Catalina Emmerich, Bienaventurado José Benito Cottolengo, Santa María Magdalena Postel, San Juan Bautista Vianney, Bienaventurado Miguel Garicoits, María de Jesús Crucificado, Gemma Galgani, etcétera, etc.

Claro está que, aunque son muchas las levitaciones señaladas, hubiera podido añadir más, pero son sobradamente suficientes para significarnos la diligencia, paciencia y erudición del autor, y eso sin dejar de enumerar también, además de otras, algunas especiales del campo metapsíquico y espiritista, aunque éstas, como ya se entiende, ofrecen menos garantías de autenticidad. Por eso el autor tiene mucho cuidado en señalar varios criterios de eliminación, para que no sean aceptadas, como tales y verdaderas, muchas de las que se cuentan, y da para ello cinco reglas

(p. 217), así como distingue también en un cuadro sinóptico diez diferencias físicas y cuatro psicológicas entre las levitaciones de los místicos y de los mediums (p. 295-296).

En el *Libro 2.º* trata de los «hechos», recorriendo las tradiciones cristianas y no cristianas de muchos países, exponiendo las reglas críticas y su aplicación a los casos, positivos y negativos, de eliminación, analizando los caracteres de la levitación en los místicos católicos y en los mediums y comparándolos.

Y termina con el *Libro 3.º*, en el que dilucida «las teorías» — la negativa, las naturalistas, la sobrenatural mitigada y la sobrenatural integral —. La 1.<sup>a</sup> niega los hechos; la 2.<sup>a</sup> los explica por medio de la electricidad, fuerzas desconocidas, magnetismo, pseudópodos teleplásticos y fascinación, siendo ambas teorías insuficientes o falsas; la 3.<sup>a</sup> y la 4.<sup>a</sup> suponen que la levitación es producida mediata o inmediatamente por una causa inmaterial, inteligente y libre; si ésta la produce valiéndose de las mismas fuerzas naturales, aunque latentes, y ampliando o elevando su acción, entonces tendremos, dice el autor, un sobrenaturalismo *mitigado*; si, por el contrario, prescinde de ellas y obra por sí sola, independientemente, ora en el modo de acción, ora como causa principal, tendremos la hipótesis del sobrenaturalismo *integral*.

El sobrenaturalismo o preternaturalismo mitigado le parece insuficiente, no sólo para las levitaciones del espíritu, sino también en general, y prefiere el integral. Y al llegar a las conclusiones dice bien: «La théologie catholique traditionnelle refuse de donner à la levitation une cause naturelle» (p. 350); pero también advierte poco antes (p. 339) y

muy atinadamente: «Le caractère charismatique de la lévitation, s'il est admis communément par la théologie classique, n'est pas dans l'église catholique un article de foi.» Es cierto que los grandes teólogos místicos, hablando de las levitaciones estáticas de los santos, son *generalmente* partidarios del sobrenaturalismo integral; pero ni éste es cierto respecto de todos los hechos, ni es necesario para explicar algunos de ellos; basta el supernaturalismo mitigado, y mientras se puedan explicar por éste, no es necesario, ni lógico, apelar al integral, según aquel principio: *Non sunt multiplicanda entia sine necessitate*.

Y después de alabar al preclaro autor por su eruditísima labor y criterio sobrio y discreto, objetivo e imparcial, permítasenos advertir: 1.º *En general*, con Benedicto XIV, cuya autoridad en estas materias es grande y clásica: *Naturaliter dari non potest ut corpus a terra sublevetur*; 2.º *En especial*, que la hipótesis del sobrenaturalismo integral, aunque cuente con el patrocinio de grandes teólogos, no es cierto que sea la *única* explicación católica; 3.º Que el autor nos parece algo flojo en las pruebas, y que concede tal vez demasiado a la intervención (no decimos posible, pues ésta, en absoluto, puede darse) real, más o menos probable, de los espíritus *desencarnados*, en sentido espiritista; 4.º Que entre las levitaciones de los espiritistas apenas hemos leído ninguna que nos parezca verdaderamente real y efectiva; y aunque la moderación está bien enfrente de toda exageración, en este punto concreto nos parece el autor quizá demasiado indulgente; 5.º y última, que apenas, y sin apenas, hallamos entre las levitaciones del espiritismo ninguna que exija, para su explicación, apelar a la hipótesis del

supernaturalismo ni preternaturalismo, integral ni moderado.

E. UGARTE DE ERCILLA

VALLET, AUGUSTE, Président du Bureau des Constatations Médicales. *Lourdes. Comment interpréter ses guérisons.* (234)-8.<sup>o</sup>-1929. Precio: 9 f. P. Téqui, Libraire-Éditeur, 82, rue Bonaparte, Paris, VI<sup>e</sup>.

Esta interesante obrita está dividida en tres partes. En la primera, *Une guérison de Lourdes*, expone el autor la curación de la Srta. Delot, ocurrida el 31 de julio de 1926, hecho triplemente extraordinario por la *desaparición simultánea* y sin período de convalecencia: *a) de un tumor canceroso en el estómago* que obstruía, no sólo el píloro, sino también una boca anastomática creada por el cirujano para dar paso a los alimentos del estómago al intestino; *β) de esta misma boca anastomática* y *γ) de una invasión cancerosa del hígado*. Una detallada relación del proceso de la enfermedad, acompañada de esquemas y de testimonios de los médicos que atendieron a la paciente, y por otra parte una descripción no menos minuciosa de las observaciones practicadas en el Bureau des Constatations Médicales de Lourdes, primero a raíz de la curación, el 3 de agosto de 1926, y luego un año después de la misma, el 4 de agosto de 1927, junto con las llevadas a cabo repetidas veces por los mismos facultativos que habían cuidado de Mlle. Delot cuando enferma y por varias eminencias médicas, que interesadas por lo insólito del suceso solicitaron estudiarlo atentamente durante todo el 1928, hacen de este caso uno de aquellos acontecimientos cuya verdad histórica no es posible poner en tela de juicio.

A esta primera parte documental le sigue otra, *Comment interpréter les guérisons de Lourdes*, de carácter filosófico. En una serie de capítulos bien elaborados, expone el autor la causa de las curaciones de Lourdes desde el punto de vista católico. Explicada la esencia de las leyes biológicas, y luego más generalmente la de todas las que rigen la Naturaleza, muéstrase su carácter de necesidad, absoluta, sí, pero no ciega e irracional, sino como resultado de la obediencia absoluta del átomo a la voluntad del Creador en dichas leyes cristalizada. También el hombre, por lo que toca a su vida corporal, les está inexorablemente sometido. ¿Cómo, pues, se producen estos casos de excepción, verdaderos «puntos de discontinuidad» dentro de la continua aplicación de las mismas? El hombre corporal está informado por el hombre espiritual; y éste, mediante la oración, puede lograr a veces que el Creador intervenga directamente en favor suyo en su obra, sustrayendo al átomo por un momento a la obediencia de tales leyes para someterlo eventualmente a sus mandatos directos y extraordinarios: así es como se produce el milagro.

En la tercera parte resuelve el Dr. Vallet las objeciones que contra tal explicación de los hechos de Lourdes están más en boga en nuestros días, desde las propuestas con miras serias y científicas hasta las propaladas por conferenciantes charlatanes que sin ningún conocimiento de causa explican aparatosamente lo que no saben a los que son más ignorantes que ellos; y por último termina con una elocuente exposición del valor del testimonio de tantos millones de peregrinos, de tantos miles de enfermos milagrosamente curados, de tantos médicos de conciencia profesio-

nal escrupulosa, de tantos sabios, acordados todos en atribuir a las curaciones de Lourdes el carácter milagroso que es el único que satisfactoriamente las explica.

Por la gran competencia del autor, por lo claro de la exposición y por lo sugestivo del estilo, creemos que la lectura de la obra del Dr. Vallet puede ser de utilidad no pequeña. Un par de observaciones debemos hacer, sin embargo, por el peligro que nos parece ver en algunos pasajes del libro de prestarse a una interpretación no del todo favorable. Al exponer el autor la sujeción del átomo a las leyes de la Naturaleza como resultado de una tendencia del mismo a querer someterse a la voluntad divina, la proposición puede parecer algo rara. Ciertamente que en distintos lugares hace notar el Dr. Vallet que tal tendencia no es interna, sino externa, en el cual sentido la doctrina no puede ser más ortodoxa y aun muy conforme con la mente de Santo Tomás. Pero luego es tal el empleo que de la metáfora hace, que puede el lector llegarse a olvidar del sentido figurado y creer que se atribuye al átomo una vida elemental que no tiene. La concepción nos parece, además, un poco apta para provocar la sonrisa desdenosa de algún científico y predisponerle en contra de la seriedad de la obra, si bien por otra parte debemos también hacer constar que tal vez sea adecuada como argumento *ad hominem*, dadas las aficiones literarias y las corrientes filosóficas dominantes en el país vecino. Otro punto que puede prestarse a alguna confusión es el que afirma el autor que Dios establece las causas segundas para no deber ocuparse directamente del gobierno del Universo. Suponemos que con tal afirmación no pretende excluir el concurso divino inme-

diato; pero no estaría de más hacerlo notar explícitamente. Y hechas estas dos pequeñas advertencias, nada más que alabanzas merece la obra, con la cual deseamos que pueda continuar el Dr. Vallet la meritoria labor apologética emprendida en otras justamente celebradas.

F. S. ROCA

MASIP, JAIME, O. P. *Por tierras del Extremo Oriente*. (China, Japón, Indochina.) (240)-8.<sup>o</sup>-1929. Precio: 6 pesetas. Bruno del Amo, editor, Toledo, 72, Madrid.

Son nueve conferencias reunidas en un libro: una pronunciada en el Seminario de Barcelona, dos (la segunda y la sexta) en el de Avila, la tercera en San Sebastián, dos más (la cuarta y la séptima) en el Seminario de Palencia, otra (la quinta) en el Instituto de Misiones dominicanas (Madrid); además, dos preparadas para ser pronunciadas en Zamora, pero que por una indisposición no se realizó su intento. Añádanse a éstas otras conferencias dadas con proyecciones. Variados puntos toca el autor en sus diversos temas: Las Misiones en China. ¿Qué es el misionero? Obligación de los católicos de auxiliar a las Misiones. Urgencia de socorrer a las Misiones. La obra de la mujer en las Misiones católicas. Las Misiones y los seminaristas. Los sacerdotes y las Misiones. Aberraciones gentílicas. Necesidad del clero indígena en las Misiones. Todo esto tratado por un veterano misionero de las montañas del Fo-kién en China, como es el P. J. Masip, O. P., e ilustrado con selectas láminas, es sumamente interesante.

J. P.

CHARLES, H., S. J. *Syrie.—Proche-Orient.* Jésuites Missionnaires. (116)-8.º-1929. Precio: 10 f. Gabriel Beauchesne, éditeur, rue de Rennes, 117, Paris.

Después de historiar a grandes rasgos la misión de la Siria, de describir las condiciones políticas de sus diversas regiones, de señalar el doble objetivo de los trabajos de los misioneros, que es el doble objetivo que preocupa al corazón del Papa: la reducción de los disidentes a la Iglesia y la conversión del Islam, presenta el libro del P. Charles las obras de los jesuitas franceses en esa porción de la viña del Señor, no con la árida enumeración de un informe, sino con cierta atrayente entonación propia del relato con que un hijo narra, ensalzándolas, las glorias de sus mayores.

Allí aparecen los diversos miembros de la Compañía, los sacerdotes, los escolares, los coadjutores, en toda su actividad, agrupados en las diversas casas de jesuitas: la Universidad de Beirut con su Facultad de Medicina y Farmacia, con sus escuelas de odontología, con la escuela de obstetricia anexionada a una casa de maternidad, con su policlinica ginecológica y los tres institutos especiales: antirrábico, bacteriológico y químico; con el Hospital anejo a la Facultad de Medicina, que cuenta con 130 camas; el instituto de fisioterapia y de lucha contra el cáncer; el Observatorio de Ksara, fundado en 1907 y reconstruido en 1919 de los destrozos de la guerra, con sus cuatro pabellones: meteorológico, magnético, sísmico y astronómico, con su servicio ordinario de radiotelefonía para comunicación de sus partes; la Facultad Oriental, con sus cursos de árabe y len-

guas semíticas, sus acreditados profesores, su rica biblioteca de 3.200 manuscritos y 30.000 volúmenes (en 1925); las residencias de Alepo Zahleh, Bikfaia, Homs, Damasco, etc., etc.

También se da cuenta de la historia y estado actual de dos misiones relacionadas con la de la Siria, que son las de Armenia, restablecida en 1881, fundada en 1538 como parte de la misión de Constantinopla, que ahora ejerce su acción por toda el Asia Menor, y la misión en Egipto entre los coptos del Cairo y del alto Egipto, con su gran colegio en la capital y su residencia en Alejandría.

El prólogo de Monseñor d'Herbigny, los hermosos heliograbados estéticamente diseminados en el texto, para presentar a los ojos del lector vistas, tipos, utensilios de las diversas regiones que va recorriendo con su insinuante y amena narración el autor, además de las estadísticas que por vía de apéndice van puestas al fin de la obra, hacen de este libro un modelo de presentación de esta clase de publicaciones de propaganda misional.

J. P.

SANGRÁN, JOAQUÍN DE. *La Profecía del Apocalipsis y los tiempos actuales.* (228)-8.º-1929. Precio: 4 ptas. Editorial Voluntad, S. A., Ferraz, 17. Madrid.

Hemos de confesar que emprendimos la lectura de este libro con la prevención que suelen provocar los libros sobre el Apocalipsis que no sean puramente científicos. ¡Se han cubierto tantos despropósitos bajo los símbolos misteriosos del Apocalipsis! Verdad es que el *nihil obstat* de dos personas tan doctas y sensatas como los doctores Ponsa

y Santos Olivera era una garantía que inspiraba confianza. Si bien, por otra parte, la dualidad de censores, en vez de uno, como se suele, pudiera ser indicio de alguna dificultad en la censura. Después hemos sabido por conducto muy autorizado que no hubo tal: fué simplemente una medida de prudencia, muy recomendable, por lo escabroso de la materia.

En fin, entre la prevención y la confianza, emprendimos la lectura del libro. Pronto, empero, desaparecieron las prevenciones. Al conocimiento de los dos extremos que se propone comparar, *la profecía del Apocalipsis y los tiempos actuales*, conocimiento profundo y comprensivo, ha sabido juntar el Sr. Sangrán una moderación y sensatez que no es nada frecuente en semejantes trabajos.

Muchas y variadas son las reflexiones que nos ha sugerido la lectura de libro tan interesante; pero es fuerza ceñirse a algunos puntos principales.

En dos palabras expresaremos nuestro humilde sentir sobre el libro: en lo sustancial, nos ha parecido sencillamente admirable por su comprensión y acierto; en varios puntos secundarios, nos parece hallar en él algunas incoherencias, que fácilmente pudieran desaparecer en ulteriores ediciones.

Para que se entienda de raíz esta apreciación, conviene, ante todo, distinguir en la interpretación del Apocalipsis dos géneros de exposición: la que podemos llamar interna o absoluta, que es la exégesis de la profecía en sí misma, y la externa o relativa, que es su aplicación o cumplimiento.

Por lo que atañe a la exégesis de la profecía, tiene el Sr. Sangrán aciertos admirables. La importancia que atribuye a las dos bestias, la que sube del mar

y la que sube de la tierra; la diferencia y mutua conexión, que entre ellas establece; el carácter distintivo y tendencia que les asigna, le orientan en la interpretación general del Apocalipsis. Más acertada aún nos parece la relación que descubre entre la primera bestia y Babilonia: otro punto importantísimo para la interpretación integral de la profecía. Aunque incidentalmente, admite también el autor la «teoría de la recapitulación» o serie de ciclos concéntricos — verdadera clave del Apocalipsis, a nuestro juicio —, si bien no saca de ella todo el partido que pudiera.

Pero sin salir de la exégesis interna, en varios puntos accidentales, creemos que el autor no ha prestado la debida atención a la interpretación literal rigurosa y exacta de los textos. El hecho de haberse contentado con reproducir la versión del P. Scio delata ya esa despreocupación. Fácilmente hubiera podido utilizar, por ejemplo, el admirable libro del P. Allo, a quien conoce y cita. Por ejemplo, en la p. 41, admite la variante de la Vulgata «sobre las cuatro partes de la tierra» en vez de «sobre la cuarta parte de la tierra», que unánimemente traen todos los códices griegos: diferencia esencial, que destituye de base sólida la interpretación que el Sr. Sangrán da al cuarto Jinete. No es más fundada la significación de *mercantilismo*, que atribuye al tercer Jinete, símbolo más bien, como generalmente lo han entendido los intérpretes, de hambre y carestía. Hemos de confesar que tampoco nos parece coherente atribuir a dos símbolos tan homogéneos, como son las dos bestias, sentidos tan diferentes: colectivo o social el de la primera, personal e individual el de la segunda. Creemos, empero, que esas incoherencias pudieran muy bien des-

aparecer, sin modificar la sustancia del libro.

Viniendo ahora a la aplicación que el Sr. Sangrán hace de la profecía del Apocalipsis a los tiempos actuales, hay que reconocer que la pintura que de éstos hace el autor es tan exacta como profunda y comprensiva. La plutocracia o aristocracia judeomasónica y la revolución bolchevista, aliadas en un principio (Babilonia sentada sobre la bestia), y en pugna, finalmente, cuando la revolución se revuelve contra sus propios agitadores (la bestia que extermina a Babilonia), son una realización asombrosamente exacta de los símbolos apocalípticos. Este es, a nuestro juicio, el punto central del Apocalipsis, el nudo vital de la tragedia, que con cierta intuición ha sabido poner de relieve el Sr. Sangrán.

Con todo, para que el acierto fuera absoluto e integral, creemos que se deberían tomar en cuenta algunos otros datos. Que la segunda bestia o falso profeta simbolice los desvaríos del sentimiento religioso que actualmente invade a los no católicos, nos parece exacto. Mas creemos también que el *progreso* pseudocientífico y el periodismo anticristiano integran el simbolismo de esta segunda bestia; que no es, además, el anticristo, sino un agente o auxiliar suyo. Una cosa también llama la atención en la pintura que se hace de los tiempos actuales, y es la omisión o preterición que se hace de América, que no recordamos se mencione una sola vez en el libro del Sr. Sangrán. La importancia de América, y en particular de los Estados Unidos, parecen delatar una omisión equivocada.

Un punto queremos señalar especialmente, acaso el más endeble de toda la obra, y es la opinión del autor sobre la

proximidad del fin del mundo. Con todas las moderaciones y salvedades, que acreditan su buen sentido, cree al fin el autor que el fin del mundo está relativamente próximo. No vamos nosotros ahora a sostener lo contrario, por la sencilla razón de que sobre eso nada absolutamente sabemos. Lo que se saca de los acontecimientos actuales del mundo es, sin duda, su aproximación rápida hacia el fin. Pero no hay que confundir las tendencias con los hechos. Queremos decir que en la tendencia de aproximación hacia el fin no hay que notar solamente los hechos que encarnan esa tendencia, sino también los otros hechos que marcan más bien un retroceso. Tanto en el mal como en el bien, las tendencias siguen una marcha progresiva, que anuncian el conflicto final; mas esa marcha, si en general o en conjunto es progresiva, tiene en su movimiento muchas paradas y retrocesos. Para los contemporáneos, por ejemplo, de la revolución francesa de fines del siglo XVIII, aquellas convulsiones pudieron parecer ya los precursores de la catástrofe final; mas de entonces acá, ¡cuántas marchas y contramarchas en los avances de la revolución! Las dictaduras de nuestros días, ¿serán el último dique, que será arrojado finalmente por la revolución triunfante, o bien el principio de una reacción más consistente, que la haga retroceder? Sencillamente no lo sabemos. Una poderosa personalidad, sea revolucionaria sea antirrevolucionaria, que surja inesperadamente, puede torcer en pocos meses el curso de los acontecimientos. Y de esos futuros contingentes nada absolutamente sabemos: secreto es éste de la divina Providencia. Parece, por tanto, aventurado predecir nada concreto, sea en pro sea en con-

tra de la proximidad de la catástrofe final.

Sobre todo por una circunstancia, que el autor menciona, sin duda, pero a la cual no da, a nuestro juicio, el debido relieve. El mal sigue una marcha ascendente; pero también en el bien se advierte semejante adelanto progresivo. Al empuje de la Gran Guerra han caído varios colosos, que encarnaban a su modo la tendencia anticristiana o anticatólica. Tales son, el Sultán de Constantinopla, el Zar de Rusia, el Kaiser de Alemania: formidables enemigos del catolicismo. También el Anglicanismo oficial ha sufrido gran quebranto con la tragedia del *Prayer Book*, con la subida de los laboristas al poder, con las numerosas conversiones al catolicismo romano, en los momentos en que éste celebra el centenario de su libertad. Y la reciente solución de la Cuestión romana, a pesar de sus peripecias y dolores, la atracción creciente que ejerce la Roma papal sobre las Iglesias orientales y sobre los estados aun acatólicos, la intensificación creciente del movimiento misional, ¿no son, entre otros muchos acontecimientos que pudieran señalarse, otros tantos indicios de un movimiento progresivo en el campo del bien? Ahora, que no sabemos si este progreso del bien prepara una época de mayor esplendor religioso, o bien deslinda los campos para el choque final y definitivo. Lo ignoramos.

La mención de esa época de mayor florecimiento de la Iglesia nos lleva a decir algo sobre las concesiones que el Sr. Sangrán hace al Milenarismo. En el texto de su obra ha prescindido el autor del Milenarismo: en lo cual ha estado

acertado. Pero en dos notas (pp. 204-206 y 219-221) le hace varias concesiones, que juzgamos incoherentes. Lo son primeramente con lo que él dice en el texto sobre el fin del mundo, que no puede ser tan próximo, si antes de él ha de venir el reino de los mil años. Es, además, incoherente su Milenarismo, que admite el sentido puramente espiritual de ciertas profecías, y no exige para su inauguración sobre la tierra la previa resurrección de los justos. Semejante Milenarismo no satisfará seguramente a sus auténticos mantenedores. Milenarismo que no se inaugure con la venida visible de Jesucristo sobre la tierra no es el clásico Milenarismo. Nada tiene que ver con él esa época de paz y prosperidad a que el autor se muestra inclinado. Nosotros, a ese Milenarismo *ad usum Delphini* nada tenemos que oponer, sino... nuestra completa ignorancia. Puede venir, puede no venir: eso es todo lo que sabemos.

Tal es, en suma, nuestro humilde sentir sobre el notable libro del señor Sangrán: grandes luces al lado de algunas sombras. Añadamos a esto que su lectura es sumamente atractiva e interesante. Y no dudamos que será también provechosa, si se lee el libro con el espíritu con que está escrito. Verdad es que resulta algo pesimista; pero lo que al fin añade el autor basta ya acaso para corregir esa impresión pesimista y convertirla en prudentemente optimista, cual es la profecía del Apocalipsis, que es, ante todo, un libro de aliento y consuelo, un canto anticipado a la suprema victoria de Jesucristo.

José M. BOVER